

Grandes anales de invisibles días

CÉSAR PÉREZ GRACIA *

Confieso no haber leído hasta hace cuatro días las sesenta páginas de Quevedo tituladas con alguna zumba como *Grandes anales de quince días* en los que cuenta el terremoto cortesano que tuvo lugar en Madrid a la muerte de Felipe III —1621— y las primeras medidas del rey adolescente Felipe IV. Las páginas más logradas son el relato del ajusticiamiento en el cadalso de Rodrigo Calderón y el asesinato del conde de Villamediana en plena calle Mayor de Madrid. Hay semblanzas de Lerma, Aliaga, Osuna, Lemos, Uceda y otros personajes históricos de ese período. Ese título quevedesco tan curioso me trajo a la memoria otro similar que Julián Marías utilizó para un capítulo apasionante de sus memorias.

En *Una vida presente*, al relatar la sublevación comunista urdida por Negrín para prolongar el sitio de Madrid, durante nuestra Guerra Civil, puso esta curiosa variante “*Grandes anales de tres semanas*”. He vuelto a releer ese capítulo de Marías, justo el mismo día en el que leía por vez primera los *Anales* de Quevedo. Pero antes de entrar en materia, me hago una pregunta más pertinente que inocente. Por qué razón se ha dado inmensa publicidad y repercusión a cronistas de la Barcelona republicana en plena guerra civil, como Orwell u Octavio Paz, y apenas nadie ha tenido en cuenta las valiosas páginas de Julián Marías sobre el ocaso del Madrid sitiado en 1939. Como afirma el adagio —ignoro si siempre se está a tiempo—, rectificar es de sabios.

*Escritor.

Marías traza una estupenda semblanza de Azaña, del que realiza un retrato de una perspicacia intelectual y fisionómica magistral. “Su fealdad era notable —nos dice, pág. 239, y aduce un sesgo curioso—, un tipo de fealdad... que induce una peligrosa fermentación”. No menos valiosa es su precisión analítica en torno a la porosidad hacia lo real como forma suprema de la inteligencia. No digamos su visión del valor público como espejo del coraje personal o individual. Faceta en la que andaba escaso el brillante orador de Alcalá de Henares. Por haber, hay hasta un apunte sobre la “adulación póstuma” hacia Azaña, cuyo destinatario sin citarlo puede adivinarse. Hay por lo menos una decena de personajes en danza en sus veinte páginas —Negrín, Miaja, Casado, Barceló, Mera—. Desde luego, el héroe absoluto del relato es el gran Julián Besteiro, traductor de Kant, y único político de la República que se quedó a dar la cara ante los vencedores. Hugh Thomas, en su *Spanish Civil War*, tilda a Marías de “secretario de Besteiro” en el colofón de la República. “La única figura pública, que mereciera a mis ojos, durante la guerra —nos dice Marías en sus memorias, pág. 244—, un respeto integral”. Quizá los momentos cruciales del relato son el discurso de Besteiro por la radio republicana de Madrid, justo en el momento en el que Negrín daba su golpe estalinista con el coronel Barceló; un discurso que evoca la dialéctica dramática del duelo entre Antonio y Bruto en *Julio César* de Shakespeare; no menos interesantes son otros pasajes, por ejemplo, los sucesos de la plaza Castelar, la travesía de seis o siete horas por Madrid —que debiera contarnos con detalle stendhaliano—, la visita al Besteiro ya prisionero, o el editorial de *ABC* del 28 de marzo de 1939 escrito por Marías, el mismo día en que se abrieron los frentes y las tropas de Franco entraron en Madrid. Una prolongación más quevediana de esas páginas narra poco después su paso durante cerca de un trimestre por la cárcel, desde el día de San Isidro hasta casi el día de San Lorenzo. En España siempre estamos rodeados de santos, pero pocos

aspiramos a serlo. Lo digo, porque el autor estuvo preso en Santa Engracia, en un colegio junto a un millar de cautivos republicanos. Allí se hizo famoso por cierta conferencia sobre viajes y descubrimientos. Ignoro si ya era una celebridad por su papel como locutor-autor en la radio republicana madrileña, y si el millar de prisioneros ya lo conocían como una especie de Gary Cooper de las ondas.

Los *Anales* de Marías cuentan tres semanas del mes de marzo de 1939 —del 5 al 28, para ser exactos— y tienen su colofón en el trimestre presidiario con una condena a muerte en las espaldas, que por fortuna fue conmutada. Besteiro murió en prisión, por falta de atención médica de cierta infección menor. Así le pagaron su hombría por no tomar las de Villadiego en el avión que evacuó a todos los mandamases republicanos del Consejo de Defensa.

Yo me barrunto que Marías se siente en lo más noble y humano de su corazón como heredero moral del Madrid de Besteiro. En ese sentido, el autor es una figura excepcional, un héroe orteguiano o machadiano o besteriano, al que su insobornable modestia le impide darse importancia. Pero hay otra figura en la penumbra de la que todavía no he dicho nada. Se trata de Lolita Franco, brillante alumna de Ortega, Zubiri y Marías, que pasó toda la experiencia del sitio de Madrid codo a codo con el autor, y que terminó casándose con él en 1941.

Podemos deducir del relato una especie de escala del temple histórico en la adversidad. Besteiro sería el 10 y Azaña el 0. El quid del envite era nada menos que la inmolación de 100.000 vidas en la prolongación del sitio de la capital de España. El duelo real era entre Besteiro y Negrín. En las memorias de Azaña, pone los pelos de punta el acoso que Negrín lleva a cabo tras los cuadros del Prado errante o peregrino por las minas catalanas,

de cuyo destino se hizo cargo Azaña y su guardia personal. El Prado terminó en Ginebra y luego volvió a Madrid. Si el relato es veraz, quizá sea el lado más noble de Azaña. En otra escala, la de la bondad intelectual, Besteiro sería el 10 y Negrín el 0.

Julián Marías nos ha contado cien veces que en sus memorias se evidencia con alguna holgura la razón vital orteguiana. Como este capítulo del Madrid sitiado quizá sea la cima de su experiencia vital o biográfica, no hay duda de que en él hemos de buscar la expresión personal del instrumento filosófico descubierto por su maestro. En español tenemos un modismo precioso: estar uno en su salsa. La visión épica de Ortega exploraba precisamente ese tipo de circunstancia vital en la que uno está lejos de estar en su salsa. Una filosofía de las circunstancias deslucidas o adversas. Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo. La glosa correcta —si no desbarro— significa que una rara vez está en su salsa o su mundillo favorito, y que precisamente por esa razón, por el desvalimiento o deficiencia perenne de las circunstancias, vivir es desvivirse, anticipar o aplazar planes, proyectos, ideas, nos vemos abocados a bailar siempre con la circunstancia más fea, a salvarla de su infiernillo banal y convertirla en glorieta vistosilla. El lector excusará esta digresión si soy capaz de resumir la formulación del Marías jovial en sus peores circunstancias, frente al miura del golpe estalinista de Negrín en el Madrid de 1939. En esa coyuntura tan negra o de tan espinosa aventura, el joven filósofo orteguiano tuvo que apechugar con el peor cariz que las circunstancias públicas de su patria le ponían a tiro. Entonces tuvo que decirse en su fuero interno: yo soy yo y el pobre Besteiro, y si no le echo una mano yo, no me podré mirar al espejo en toda mi vida.

Las páginas de ese capítulo titulado al modo quuevedesco “*Grandes anales de tres semanas*”

no nos cuentan episodios truculentos como el cadalso de Calderón o la estocada mortal a Villamediana en el Madrid de 1621, sino que aluden de paso al fusilamiento del coronel Barceló —el hombre de paja de Stalin y Negrín en Madrid— al fracasar la intentona del golpe de marzo del 39, y cuentan también la apertura de frentes desde noviembre del 36 hasta fines de marzo del 39, único modo en que Franco logró entrar en Madrid. Esto que parece de escasa importancia, la tiene y mucha. Besteiro consiguió salvar de la carnicería disparatada a cien mil personas que hubieran muerto de seguir el sitio al modo de Numancia frente a Roma o Zaragoza frente a Napoleón. Marías, que no es orgulloso, se siente orgulloso de esa acción hecha realidad codo a codo con su maestro Besteiro.

Por esta razón, bien puede decirse que en estos *Anales* de sus memorias —*Una vida presente*, 1988— se expone y sintetiza de modo admirable un ejemplo perfecto de la razón vital orteguiana. Vemos a un alumno de Ortega en una circunstancia de Besteiro, aflorando a la realidad histórica concreta en la persona del joven Marías. De hecho, se nos dice en esos pasajes, algo que puede sonar a egolatría desbocada, pero que expresa sencillamente la modesta evidencia de la verdad, alguien que escucha la radio desde fuera de la ciudad, comenta algo así: sólo puede ser Marías. Sólo podía ser un joven audaz —un héroe digno de Stendhal, un Julián Sorel del Madrid de 1939— quien fuese capaz de decir la verdad y jugarse el pellejo en aquel brete.

Y si no he faltado a la verdad al contarlo, me daré con un canto en los dientes.